

LICENCIA PARA ESPIAR

CARMEN
POSADAS

LA NOVELA DE LAS MUJERES QUE SE DEDICARON
AL PELIGROSO ARTE DEL ESPIONAJE



ESPASA

CARMEN POSADAS
LICENCIA PARA ESPIAR
(LA MANO IZQUIERDA)



© Carmen Posadas, 2022

Autora representada por CASANOVAS & LYNCH LITERARY AGENCY, S. L.

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Fotos de interior: P. 1 © Lebrecht/ Album/TL . P. 2 © R. u. S. Michaud / akg-images / Album. P. 3 © Album. P. 4 © Bridgeman Images / Tallandier / Album. © Oronoz / Album. P. 5 © Heritage Images /The Print Collector / Album. © Fine Art Images / Album. P. 6 © 2000/ MONDADORI PORTFOLIO / Album. © Akg-images/Album. © Oronoz / Album. P. 7 © Tallandier / Bridgeman Images / Album. AESA. P. 8 Colección particular. P. 9 © Album. P. 10 © Album. © MGM/Album. P. 11 © Cecil Beaton/Condé Nast/Shutterstock. © Album. P. 12 © BFI. © Bridgeman Images /Tallandier/ Album. P. 13 © Album. © UNITED ARTISTS / Album. P. 14 © Fine Art Images / Album. © Album.. P. 15 © Album. © Album. P. 16 © Alamy / ACI

Primera edición: octubre de 2022

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 15.378-2022

ISBN: 978-84-670-6436-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

DOS MUY VIEJAS PROFESIONES

Si uno visita el famoso Museo Alemán del Espionaje en Berlín (en el que pueden admirarse objetos tan curiosos como paracaídas para palomas mensajeras, las más extravagantes tintas simpáticas que imaginarse pueda o botes que atesoran «olor a disidentes», una esencia que se utilizaba para enseñar a perros policía a detectar traidores), lo primero de lo que se informa al visitante es que el espionaje es el segundo oficio más antiguo del mundo. O quizá el más antiguo, si tenemos en cuenta que, desde los albores de la humanidad, para sobrevivir ha sido indispensable informarse de qué hacían tribus rivales o enemigas. La mayoría de los estudiosos de este fenómeno coinciden en señalar que, en el mundo occidental, la mención documentada más antigua que existe de la actuación de espías se encuentra en el *Antiguo Testamento*. Allí, en el «Libro de los Números», capítulo 13, se explica cómo el primer M* del que se tiene memoria fue el profeta Moisés.

Cuenta la *Biblia* que, hacia el siglo XIV antes de Cristo, el pueblo elegido llevaba años vagando por el desierto cuando Yahvé ordenó a Moisés que enviara a doce espías, uno

* M es el jefe de James Bond en los servicios secretos británicos y quien, en las novelas de Ian Fleming, asigna a cada agente la misión que ha de llevar a cabo.

por cada tribu de Israel, como avanzadilla para echarle un vistazo a Canaán, la tierra que les tenía prometida. Allá que fueron los doce y, al cabo de cuarenta días, diez de ellos regresaron contando maravillas. Según su relato, el lugar que Yahvé había elegido para ellos era tan rico y prodigiosamente fértil que los racimos de uva que allí crecían eran tan descomunales que hacían falta dos hombres para cargar con uno: «¡Conquistemos ya esa tierra de leche y miel y seamos felices para siempre!», exclamaron los diez. Los dos espías restantes no desmintieron el relato de sus compañeros, pero argumentaron que había un serio inconveniente. Los moradores de la tierra prometida eran gigantes. «Tened por seguro que ante ellos nos veíamos como grillos —explicaron a Moisés y al resto de la concurrencia—. Además, en ese lugar no se puede vivir. Es tan malo que las personas mueren como si se las tragara la tierra».

Al oír esto, el pueblo se enfrentó a Moisés lamentándose: «¿Por qué nos trae Yahvé a esta tierra? ¿Para caer a espada nosotros, nuestras mujeres y también nuestros hijos?».

Tales palabras no tardaron en llegar a oídos de Yahvé, que, por aquel entonces, no se caracterizaba precisamente por la largura de su paciencia, así que llamó de inmediato a Moisés: «¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo? —clamó—. ¿Hasta cuándo me negará la fe con todas las señales que he hecho en medio de ellos? Los heriré de peste, los destruiré y a ti te pondré al frente de gentes más grandes y fuertes que ellos».

A Moisés le costó lo suyo aplacar la cólera de Yahvé, pero, por fin, después de mucho negociar, consiguió sellar con él un pacto. Yahvé no destruiría a su pueblo, sino que lo condenaba a vagar cuarenta años por el desierto antes de acceder a la tierra prometida. En el pacto se especificaba, además, que Moisés no llegaría a poner los pies en

ella, pero se le permitiría admirarla desde lejos antes de morir.

Tal es el relato que la *Biblia* hace de la primera misión de espionaje. De ella se desprende que, por una defectuosa y contradictoria labor de inteligencia por parte de los enviados de Moisés —una que, por cierto, se estudia aún tanto en la CIA como en el Mossad—, la misión acabó en fiasco. De todas formas, hay que señalar que, tras casi medio siglo de vagabundeo por el desierto, esta primera novela de espías tuvo un epílogo feliz, uno que también se enseña como ejemplo en la CIA y en el Mossad, y que tiene como protagonista a la primera mujer de la que se sabe que ejerció labores de espionaje. Su nombre era Rahab, vivía en un prostíbulo en la ciudad de Jericó y su intervención está considerada tan decisiva en la historia del pueblo de Israel que, catorce siglos más tarde, el evangelista san Mateo la incluiría en la lista de los antepasados de Jesús.

He aquí su historia narrada por boca de otro de los actores principales.

* * *

RAHAB LA LARGA

Mi nombre no importa. Pongamos que me llamo Elí, tanto da; siempre he sido bien poca cosa. Y, sin embargo, mi gesta será por siempre recordada. La mía o, mejor dicho, la de Rahab la Larga, a quien Yahvé bendiga.

Desconozco la razón por la que los suyos asociaron a su nombre semejante epíteto. En verdad que le hace poca justicia. Ciertamente que era alta y espigada, pero lo que más llamaba la atención en ella no era su estatura, sino su sonrisa. Jamás he visto una igual. No se le borraba de los labios, ni siquiera la perdió cuando los enviados del rey intentaron

amedrentarla asaeteándola a preguntas: «¿Dónde se esconden los forasteros?». «¿Por qué callas?». «¡Habla o te arrancaré la lengua!».

Pero... un momento. Voy demasiado aprisa. Una historia como la suya merece cierto preámbulo, ir atrás un par de semanas y explicar que todo comenzó con la muerte de aquel que había logrado arrancar a nuestro pueblo de la esclavitud sacándonos de Egipto. Ciento veinte años acababa de cumplir nuestro padre Moisés cuando, con su último aliento, subió al monte Nebo y, una vez en la cumbre, tal como había asegurado, Yahvé le permitió ver de lejos la tierra prometida. Dos días más tarde expiró, pero no sin antes elegir sucesor. Tal responsabilidad recayó sobre Josué, hijo de Nun, y fue a él a quien Aquel que todo lo ve y todo lo puede hizo saber que la ciudad de Jericó, al otro lado del Jordán, sería nuestra. Pero también le advirtió que su conquista no sería fácil, que las murallas de Jericó gastaban fama de inexpugnables, por lo que le ordenaba enviar secretamente un par de espías como avanzadilla.

Fue entonces cuando Josué, hijo de Nun, decidió recurrir a nosotros. A mi hermano y a mí, me refiero. Tampoco el nombre de él figura en parte alguna, pero yo lo pronunciaré aquí para mejor narrar mi historia. Mi hermano se llamaba Daniel y era bello y rubio como la mies que doraba aquellas colinas al otro lado del Jordán, que, según nos había sido prometido, pronto serían nuestras. Mi aspecto, en cambio, recordaba más al cardo y a los abrojos. Mi madre se desesperaba conmigo. «¿Al amparo de qué raquílica mata te habremos concebido tu padre y yo, criatura?», eso decía, al tiempo que se afanaba en atemperar mi aspecto montuno, domeñar mis hirsutas guedejas y también —o, mejor dicho, sobre todo— en disimular la fea joroba que Aquel cuyo nombre no debe pronunciarse en vano me regaló al nacer. Y, sin embargo, ya ven, fue precisamente gra-

cias a este defecto mío que Josué nos eligió. «¿Quién va a sospechar de un giboso acompañado de un querubín?», esas fueron sus palabras antes de explicarnos en qué consistiría nuestra encomienda.

—Vuestro cometido es fácil, solo habréis de llegar hasta la ciudad de Jericó, fingiros gente de paso e instalaros en la primera posada que veáis. Una vez allí, abrid bien los ojos. ¿Son realmente tan formidables las murallas de Jericó como aseguran? ¿Qué número de hombres las defienden? Y su rey, ¿es hombre arrojado o más bien indolente? ¿Qué dicen de él sus súbditos? Todos estos retazos de información, así como otros que os parezcan de interés, habréis de guardar en la mollera hasta que, evitando levantar sospechas, volváis aquí. ¿Está claro, Elí? Tú eres el mayor, a ti te hago responsable del éxito o fracaso de lo que suceda.

* * *

Partimos mi hermano y yo cuando el sol aún no despuntaba en el horizonte y no fue hasta que destellaba en lo más alto que, abrazados a unos troncos y con harta dificultad y no poco canguelo, logramos alcanzar la otra orilla del Jordán.

—¿A qué las prisas, hermano? Ven, tumbate aquí, echemos una cabezadita bajo estos arbustos. Después de tragarnos todas las ranas del río Jordán, bien que nos hemos ganado un descanso. Además, esta es la tierra que se nos tiene prometida desde hace ni sé cuántos lustros, la misma en la que mana leche y miel. De momento, no veo ni una cosa ni otra, pero una siesta nos sentará de maravilla después del baño.

Eso dijo Daniel al tiempo que extraía de su zurrón cierta flauta a la que yo le había visto obrar no pocos prodigios con las féminas. No había ninguna a la vista, de modo que tuvo que contentarse con seducir con sus notas a unos

vencejos que revoloteaban alrededor de una vid silvestre, bastante esmirriada, todo sea dicho.

—¡Vamos, Elí! ¿A qué esperas? Túmbate ya, el día es nuestro. Toma, prueba: estas uvas son harto menos gordas y descomunales que las que, según cuentan, encontraron los enviados de Moisés, pero a cambio son dulcísimas. Mira, también he traído conmigo queso y algo de vino, disfrutemos de la buena vida.

Así era mi hermano. Para él, todos los días eran *sabbat*, solo que con menos rezos y más tentaciones.

Cuando logró por fin arrancarlo de su molicie y retomamos el camino, la tarde comenzaba a declinar y se alargaban las sombras. Aún nos quedaba un buen trecho que recorrer hasta llegar a Jericó, y solo después de mucho discutir y amenazar con arrebatarse la maldita flauta, al fin conseguí que traspasáramos las puertas de la ciudad cuando a punto estaban de cerrarse al caer la noche. Por fortuna, una vez dentro y apenas medio centenar de codos más allá, descubrimos el lugar que, con toda seguridad, Aquel que todo lo puede había elegido como nuestro alojamiento. Una casa de dos plantas adosada a la muralla que, a juzgar por el jolgorio que escapaba por sus ventanas, debía de ser lugar de mucho ajeteo y feliz algarabía. Tantos años de vagar por el desierto había hecho que nosotros, los hijos de Israel, desconociéramos el significado de la expresión «casa de alivio». Entre los nuestros, tanto el débito conyugal como los pecados contra el sexto mandamiento se consumaban al sereno con la arena por lecho y las estrellas por cobija. Aun así, al pronto comprendí cuál era la naturaleza del establecimiento al que habíamos arribado. También columbré que un lugar de estas características tenía para nuestra misión una ventaja notable: a nadie le sorprendería la llegada de un par de forasteros. Debían de ser muchos los que a aquella puerta llamaban con ánimo de matar dos pájaros de una sola pedrada, verbigracia, hallar posada y a la vez «alivio».

—¿Qué, guapos míos, de paso por estas tierras? —Así nos saludó la gruesa matrona que, pasados unos instantes, nos franqueó la entrada.

«Que Jehová te conserve la vista», le deseé mentalmente porque, si bien mi hermano, pese al polvo y rigores del camino, resplandecía como el arcángel Gabriel recién caído del cielo, yo, en cambio, sudoroso y con la pelambreira que más parecía nido de víboras, bien podía pasar por un orate, o más aún, por un secuaz del Príncipe de las Tinieblas.

Después de preguntarnos de dónde veníamos y cuántos días pensábamos pasar en la ciudad, ella misma nos condujo a una habitación que se me antojó cómoda y aseada. Una vez que hubimos dejado nuestros pertrechos, también nos señaló orgullosa lo que en la casa llamaban la *capufsc*, una estancia espaciosa de suelo de tierra roja a la sazón atestada de gente y perfumada de aroma a humanidad en la que se bebía y charlaba con el bullicio que concita el vino y la buena compañía. Un par de jarras de vino más tarde, Daniel, mi hermano, acaparaba ya la atención de todos. La de los clientes del establecimiento a los que contó que era comerciante de lanas y con los que se puso a discutir de vellones y corderillos como si en efecto lo fuera. Pero también o, mejor dicho, sobre todo, la de las pupilas del lugar. «Mis palomitas», así se refería a ellas un tipo grueso y sudoroso que no tardé en averiguar que era quien regentaba el establecimiento. Tampoco me costó enterarme de que en Jericó las casas de alivio eran negocios familiares. El gordo, según se apresuró a informarme él mismo, era, por tanto, en algunos casos, padre; en otros, tío, primo o cuñado de las mujeres de muy distintas edades que ofrecían sus encantos en aquel lugar.

—¡Elija la que quiera, amigo mío! Todas son cariñosas y están bien amaestradas, ¿verdad, Tarika, verdad, Alishia? —añadió a continuación palmeándoles las ancas, los muslos,

incluso la entrepierna con el aire y los modos de un tratante de ganado.

Ellas, por su parte, solo tenían ojos para Daniel, y bien que me congratulé de que así fuera. La ventaja de tener un hermano querubín es que la concurrencia apenas suele posar en mí más que un ojo aburrido o apresurado. Por eso, en cuanto se desinteresaron de mi persona, me afané en pegar la hebra con un tipo casi tan feo como yo que miraba cómo se divertían los demás apoyado en una pilastra en el extremo más apartado de la sala. Fue él quien me procuró un par de datos útiles a nuestra encomienda, como el número de habitantes del lugar o el momento del día en que los centinelas solían hacer la ronda. ¿He dicho ya que la casa de alivio en la que nos habíamos hospedado se encontraba adosada al muro que protegía la ciudad de Jericó? Feliz circunstancia aquella, porque de este modo columbré que, en caso de ser descubiertos, siempre podríamos Daniel y yo subir a la azotea y desde allí saltar al otro lado de la muralla y poner pies en polvorosa. Estas particularidades y otras igualmente útiles las fui aprendiendo a lo largo de los dos primeros días de nuestra estancia. Para entonces mi hermano se había gastado en «alivios» buena parte del viático asignado por Josué. Daniel fue siempre generoso, eso hay que reconocérselo. Al punto reparó en que, a pesar de que a los arcángeles nadie les solicita caudales por sexo, las pupilas del lugar estaban obligadas a entregar a su grasoso pariente cada día una cantidad preestablecida y no le dolió prendas contribuir a que así fuera. Yo, por mi parte, en vez de comprar alivios, opté por entablar conversación con una muchacha que se mantenía apartada de la concurrencia.

Primero cavilé que su actitud retraída —permanecía sentada en una esquina ocultas sus facciones tras un espeso velo— se debería quizá a que se encontraba en uno de sus días impuros del mes. Pero luego sucedió que un descuido suyo con el hiyab me permitió entrever su cara tumefacta.

—Gajes del oficio —sonrió al tiempo que extendía las palmas hacia arriba a modo de disculpa, lo que dejó al descubierto sus antebrazos amoratados, surcado el derecho con un corte profundo—. A tío Aloschiam no le gustan mis andares, dice que espantan a los clientes.

—¿Qué les pasa a tus andares? —pregunté, y ella por respuesta dejó al descubierto una pierna un palmo más corta que la otra y un pie muy hermoso, pero levemente contorsionado hacia la izquierda.

—Tío Aloschiam dice que una cojitranca contrahecha trae mal fario a una casa como la nuestra.

—Al menos así te librarás de trabajar en esto —apunté, refiriéndome al ir y venir de «palomitas» y al trajín que se adivinaba tras las puertas cerradas.

—Oh, no, aquí todas cumplimos con nuestro cometido. A falta de mejores clientes, tío Aloschiam me reserva a aquellos más viejos y de magros caudales. Pero, de un tiempo a esta parte, ya ni ellos me buscan.

—¿Cuál es tu nombre?

—Rahab la Larga, así me llaman. Todas tenemos un mote, solo que no siempre encaja con nuestros... encantos —añadió con una sonrisa triste y a la vez bellísima.

—¿Y a qué te dedicas cuando no tienes faena, Rahab?

—A fregar, a lavar, a veces también a hilar en la azotea. Pero tío Aloschiam dice que para eso ya están mis tías viejas, que son muchas y a las que ha de mantener. También ha dicho que su paciencia tiene un límite y que, si no aparece pronto un cliente, no le quedará más remedio que aceptar la oferta que cierto amigo suyo tonelero ha hecho por mí. Tiene el mal de la lepra, pero es rico.

—¡Por Yahvé, criatura, un leproso! —me escandalicé, y al punto me di cuenta de que acababa de cometer dos graves errores: el primero, pronunciar en vano el nombre de Aquel que todo lo ve. El segundo, y casi más imprudente, evidenciar así mi condición de hijo del pueblo de Israel.

Si Rahab cayó en la cuenta de mi desliz, nada dijo. Se limitó a encogerse de hombros antes de añadir:

—Los aquejados de ese mal también tienen sus necesidades, y como dice mi tío, mientras paguen...

Fue entonces cuando retiré en parte su hiyab con ánimo de ver mejor su cara. Rahab no era tan hermosa como sus primas y hermanas. Sus ojos eran una miaja pequeños de más y, bajo el cerco violáceo de los golpes, el resto de sus facciones se adivinaba apenas correctas, pero su modo de sonreír las transformaba en extraordinarias. Nunca he visto una sonrisa igual. ¿Cómo describirla? Algunos dirían que irradiaba bondad, yo prefiero destacar su luz. Sí, eso es. Aparte de indesmayable, era incitadora, pero a la vez tierna, como bien pude comprobar cuando, poco después y sin previo aviso, sus labios buscaron los míos. A continuación, sin mediar palabra, se puso en pie y me tomó de la mano. Ignoro cómo lo lograba, pero entonces pude apreciar que sus andares, a pesar del secreto que escondían sus faldas, eran inesperadamente gráciles. Pasamos delante de su tío, que se encontraba en ese momento ante una mesa de la *capufsc* contando monedas. Él nos miró apenas y luego de soltar una carcajada con un gesto de cabeza que señalaba hacia arriba, ordenó: «Para este nada de cama, están todas ocupadas. Ya sabes a dónde lo puedes llevar, niña, al sereno, no se merece más, siempre que pague, naturalmente».

Me aprestaba ya a aflojar mi bolsa, pero el tío descartó mi gesto con un impaciente vaivén de mano.

—¿Dónde crees que estás, giboso? Esta es una casa respetable, aquí primero se yoga y después se paga, incluso engendros como tú. —Luego, mirándonos de hito en hito, añadió con otra carcajada—: Una coja y un jorobado, vaya par de tortolitos. ¡Venga, subid a escape, que me espantáis a la clientela! En cuanto a ti, niña, más te vale que baldees y friegues bien después del alivio. Y, por supuesto, nada

de acercarse a los tallos de lino que han puesto a secar tus tías. No vaya a ser que se manchen y me vea obligado a arrancarte la piel a tiras.

Fue allá arriba, en la azotea, rodeados no solo de tallos de lino sino de toda suerte de cachivaches inservibles, que nos amamos Rahab y yo, lejos de los suspiros y mercenarios amores a los que, cada una en su cubículo, se entregaban las demás palomitas. El suelo era irregular y correteaban por doquier chinches y cucarachas. Pero, quia, ¿qué es eso para alguien como yo, que ha dormido toda su vida al sereno en similar compañía, pero, al mismo tiempo, contando estrellas? Las mismas, por cierto, que titilaron esa noche sobre nuestros cuerpos desnudos y ateridos por el frío del desierto. Si alguna de ellas, especialmente indiscreta, intentó resaltar con su luz la pierna contrahecha de Rahab o la giba de mi espalda, el amor se lo impidió. Amor, sí, eso he dicho. Ni los más sabios entienden cómo llega ni por qué se va, pero hasta un necio sabe, sin posibilidad de equívoco, en qué momento arraiga en un corazón. Aunque germine en una casa de alivio. Aunque sus protagonistas fueran, como en este caso, un par de tullidos y sus testigos, sillas desvencijadas, perolas rotas, amén de un bosque de lino y un ejército de insectos.

* * *

Llegó así el día tercero de nuestra estancia, y quiso entonces Yahvé que uno de los clientes más asiduos del burdel de tío Alosiam fuese un tal Ached, sacamuelas del rey, un tipo charlatán y bebedor que hizo de inmediato buenas migas con Daniel, mi hermano. Por las noches, cuando el vino y el aguardiente empezaban a hacer de las suyas entre la concurrencia, a los dos les daba por masacrar a coro beodas canciones que ni siquiera los acordes de la flauta de mi hermano acertaban a acompañar.

—Tenemos que poner fin a esta visita cuanto antes —le dije a Daniel cuando logré al fin arrastrarlo, no sin harta dificultad, de la farra a nuestra compartida habitación—. Mañana hará cuatro días de nuestra llegada a Jericó y, mientras tú andabas por ahí rompiendo corazones y triturando tonadillas con ese tal Ached, yo he terminado de hacer las pesquisas que nos encomendó Josué: número de habitantes de la ciudad, hora en que pasa la guardia... Nada más fácil de averiguar, basta con mantener los ojos abiertos. Y ahora ya está, tiempo es de volver.

—¡Mira que eres aguafiestas, hermano! ¿A qué las prisas? Si no volvemos mañana, lo haremos pasado, tanto da. Además, ya he visto que, aparte de tus averiguaciones, también tú andas zureando con una palomita. Ya era hora, tanta castidad como la que gastabas nada tiene de sano, por mucho que lo diga el buen Yahvé —blasfemó el muy tunante.

Yo, por mi parte, mantuve firme mi resolución. Le gustara o no, al día siguiente emprenderíamos el regreso. Me mortificaba tener que dejar a Rahab, más aún sabiendo que no me podría despedir de ella ni pedir disculpas por partida tan precipitada. «Triste es mi suerte —cavilé antes de soplar el candil y comprobar que mi hermano se había quedado dormido como el ángel que era (por desdicha, solo en su aspecto exterior)—, para una vez que el amor llama a mi puerta, ya ves... Pero quién sabe —me conformé —, quizá, cuando los nuestros conquisten la ciudad, pueda volver y disculparme... No, claro que no —me desdije, porque tal eventualidad tampoco tenía visos de cumplirse—. Sin duda, una vez Jericó en nuestro poder, Rahab me tendrá por un mentiroso, un usurpador, un enemigo».

Sobre todo esto reflexionaba yo, pero los planes de Yahvé eran levemente distintos. Esa misma noche, justo cuando a punto estaba de vencerme el cansancio, un susurro, al principio quedo y luego cada vez más apremiante, se abrió paso entre mis ensoñaciones.

—Despierta, Elí, y alerta a tu hermano; debéis marchar a escape. ¡Pronto! No hay tiempo que perder. —Era ella, Rahab, en camisa de dormir y con un candil que temblaba en su mano dibujando inquietantes siluetas sobre las paredes de mi cubil—. Vienen a por vosotros. Debí imaginármelo cuando vi cómo ese tipo, Ached, al salir de aquí, iba derecho a parlamentar con los centinelas que hacen la ronda. Me temo que por fin ha encontrado el modo de recuperar el favor de nuestro rey.

No sabía de qué diantres hablaba, pero Rahab se apresuró a explicarme que Ached, el compañero de beodas canciones de Daniel, precisamente por su afición a la bebida, semanas atrás había cometido un grave error, dejar de acudir a la llamada del más principal de sus pacientes: «... Nada menos que Abachad, nuestro soberano, que se retorció de dolor mientras el sacamuelas, al que con todo apremio fueron a buscar a su casa, dormía la mona. A la postre, tuvieron que arrancarlo de la cama y llevarlo a palacio a punta de cuchillo. Desde entonces y tal como era de esperar, cayó en desgracia y está claro que ahora ha encontrado el modo de recuperar la confianza del rey delatándooos. Pero descuida, amor, me encargaré de que no se enteren de quiénes sois. Vuestro secreto está a salvo conmigo».

La miré entre alarmado y sorprendido.

—¿Cómo, pero tú sabes...?

Rahab trajinaba por la habitación recogiendo nuestras pertenencias y lo hacía con tal presteza que nadie hubiese imaginado que una de sus piernas era medio palmo más corta que la otra.

—Soy coja, pero no ciega —rio regalándome una de sus indesmayables sonrisas—. Tú, en cambio, como espía eres bien descuidado. ¿Recuerdas el «¡Por Yahvé!» que soltaste cuando te conté que mi tío me tenía destinada a un leproso? ¿Y recuerdas también la cara de tierra trágame que pusiste acto seguido? Por estos pagos todos sabemos

que vuestro dios es tan temible que no se puede mentar su nombre en vano.

—Tan en vano no fue —intenté argumentar—, si por lo menos de ese modo conseguí que Aquel que todo lo ve pusiese coto al atropello que tu tío estaba a punto de cometer contigo.

—¿Tu Yahvé se ocupa también de los afanes y desdichas de los que no somos de vuestro pueblo? —preguntó Rahab, pero no era momento para disquisiciones teológicas. Fuertes golpes en la puerta principal del establecimiento anunciaban que la delación de Ached se había consumado—. Pronto, seguidme —apremió Rahab, aliviada al ver que, al menos por una vez, Daniel abandonaba su molicie sin hacerse de rogar. De hecho, parecía más alarmado que yo con la situación. ¿Qué le habría contado al sacamuelas del rey entre copla y copa?, me malicié. ¿En cuántas peligrosas indiscreciones habría incurrido? ¿Le habría revelado, por ejemplo, dónde acampaba nuestro pueblo al otro lado del Jordán?

Estas y otras incógnitas nada tranquilizadoras hubieron de quedar sin respuesta. Rahab nos conminaba a encaminarnos, sin perder más tiempo, a la azotea; según ella era el único lugar seguro.

—Mira, allí —me secreteó un vez arriba señalando los haces de lino que la noche anterior tutelaron nuestros amores convertidos ahora en perfectos centinelas—. Si os ocultáis tras ellos y procuráis asomaros con sigilo a la barandilla, alcanzaréis a ver lo que ocurre en la calle —añadió cuando ya estaba a punto de volar escaleras abajo—. Si veis que el asunto pinta mal y que me resulta imposible retenerles, recordad que la azotea está adosada a la muralla. Previas preces a vuestro dios para no romperos la crisma, siempre podéis saltar al otro lado y huir en dirección al Jordán.

Según pronto pudimos constatar desde nuestro improvisado escondrijo, fue ella, Rahab, quien parlamentó con

los centinelas; ella también la que, en presencia de su tío y de otras palomitas que habían acudido a la puerta alarmadas por los golpes, comenzó asegurando que siempre había sospechado de nosotros. «... Sobre todo del jorobado», explicó, y en su voz vibraba lo que se me antojó como el más genuino de los odios. Tanto, que mi hermano empalideció al tiempo que señalaba, muralla abajo, los más de veinte codos de caída libre que nos esperaban en caso de recurrir a tal vía de escape.

—Espera —lo detuve, porque me resistía a creer que Rahab me traicionase de aquel modo—. Escuchemos qué más dice.

—... Sí, estoy segura —le oímos decir a continuación—. Eran dos individuos pertenecientes a un pueblo que se hace llamar «el elegido», maldito sea su nombre; desde luego, a mí no lograron engañarme ni por un instante....

—¡Estúpida! —intervino entonces el tío, y un seco e inconfundible sonido delató que acababa de soltarle tremenda bofetada—. Si es así, ¿por qué callaste? ¿Quieres que yo, y detrás de mí toda tu familia, acabemos entre rejas? ¿Es eso lo que pretendes, cojitranca de mil demonios?

—No, mi tío —terció la sosegada voz de Rahab—. Lo que quería era ahorrarnos problemas. Cavilé que sería mejor para nuestra casa, puesto que se dedica a lo que se dedica, que nadie supiera que les habíamos dado alojamiento. Por fortuna, no eran más que un par de pobres diablos cortos de entendederas. ¿Qué más da lo que vinieran a hacer a nuestra ciudad si no lograron cumplir con su cometido? ¿Acaso no visteis lo que hacía el guapo todo el día? Holgar, yogar y tocar la flauta..., un inútil redomado. Y el otro no era mucho mejor. Por eso me fue muy fácil lograr que pusieran pies en polvorosa. Huyeron hacia allá —indicó Rahab señalando la dirección contraria al río Jordán—. Caía la tarde cuando los vi marchar con más prisa que vergüenza, pero si os apresuráis, aún podréis alcanzarlos y darles su merecido.

Otra brutal bofetada se estrelló en el rostro de mi amada, pero uno de los dos centinelas salió en su defensa.

—Sosiégate, Alohiam, tu sobrina es más prudente que tú. ¿De qué sirve crear alarma entre nuestra gente si el peligro está conjurado? No hay mejor enemigo que el que huye...

Cuando se hubieron marchado, nuevamente el tío descargó sus iras sobre Rahab, pero, esta vez, el motivo no éramos mi hermano y yo, sino el hecho de haberle dejado en evidencia ante los centinelas.

—¡Maldita entrometida! Vete a tu azotea y no bajes de allí hasta que los sapos críen pelo. No sirves más que para devanar lino como tus tías más viejas y feas. —Aquí otro sonoro bofetón—. Ya puedes dar gracias a que, por lo mucho que amo a esta familia, no te eche a patadas a la calle, que es donde deberías estar hace años...

De buena gana habría volado escaleras abajo a partirle la cara. Si no lo hice fue no solo porque mi hermano se ocupó de impedírmelo, sino también porque la propia Rahab apareció poco después con su eterna sonrisa que, esta vez, competía en protagonismo con el arrebol de sus mejillas marcadas a fuego por los cinco dedos del infame aquel.

—Bah —se rio restándole importancia—, ya te lo he dicho, Elí, son gajes del oficio. Lo único que importa es que hemos logrado dar esquinazo a los guardias y ahora os buscan lejos de la ciudad. Aun así, conviene no perder tiempo, debéis abandonar Jericó de inmediato.

—Volveré por ti —prometí, abrazándola—. Pase lo que pase, lo haré.

Pero ella se zafó diciendo:

—A saber qué piensa tu dios de eso. Por lo que sé, no le agradan demasiado aquellos que no son de los vuestros...

—¿Y qué más sabes de Él? —preguntó Daniel, que iba de asombro en asombro con los conocimientos de Rahab.

—Alguna que otra cosilla, pero no tiene mérito. Ventajas de que nadie se fije en una. A la postre, acabas aprendiendo de todo un poco. Incluso de dioses ajenos. Por eso sé que vuestro Yahvé secó un gran mar para permitir a su gente escapar de los egipcios, por ejemplo. O que es tan poderoso que todos los pueblos del otro lado del Jordán tiemblan al oír su nombre. Y muchos son los que dicen también que os ha prometido tierras a este lado del río. Si esto es así, tampoco es difícil deducir que pensáis hacer vuestra Jericó y, en ese caso, me gustaría pedirte un favor —continuó dirigiéndose ahora a mí—, que cuando tal día llegue, tratéis con bondad esta casa y a mi familia. Que respetéis la vida de mi madre, la de mis hermanas y tías, también la de tío Alosiam...

—Eso me cuesta mucho prometértelo.

—La suya también —insistió ella—. Mi madre y él son mellizos, está muy unida a su hermano y yo no podría...

Una vez más la voz de aquel tipo insufrible se interpuso entre nosotros. Reclamaba a gritos la presencia de su sobrina.

—¿Se puede saber qué haces tanto tiempo allá arriba? ¡Ven aquí si no quieres que te baje arrastrada por los cabellos!

A Rahab no parecieron alarmarle las amenazas de su tío. Se limitó a vocear escaleras abajo que hacía mucho viento y que este amenazaba con desbaratar los haces de lino de la azotea, que iba a asegurarlos con un cordel y que, tan pronto terminase, bajaría.

—... Prométemelo, Elí, ni tío Alosiam ni nadie de mi familia —repitió volviéndose hacia donde yo estaba, para luego añadir—: Mira, te diré lo que vamos a hacer, ataré una cinta roja en una de las ventanas más altas. De este modo, los tuyos sabrán qué casa han de respetar cuando caigan las murallas de Jericó.

* * *

Lo acontecido a continuación es uno de los capítulos más mentados de la historia del pueblo de Israel. Con la ayuda de una sogá que nos proporcionó Rahab, Daniel y yo nos descolgamos muralla abajo y poco después logramos llegar al Jordán, atravesarlo a nado y alcanzar por fin y exhaustos el enclave en el que acampaban los nuestros. Esa misma noche, gracias a los retazos de información que yo había conseguido juntar, Josué elaboró su plan y, a la mañana siguiente, tras rezar a nuestro Dios para que lo iluminara, se dirigió al pueblo en estos términos:

—... He aquí la voluntad de Yahvé, escuchad: mañana mismo bajaremos a orillas del Jordán y, una vez allí, pernoctaremos antes de cruzarlo.

Dicho esto, varios escribas recorrieron el campamento para darnos instrucciones más precisas sobre cómo habríamos de proceder: «... Una vez al otro lado del río, nos dirigiremos hacia Jericó llevando con nosotros el arca de la alianza, pero, atención, cuando la veáis próxima a vosotros a hombros de los sacerdotes y levitas que la portan, tened buen cuidado de apartaros. Que haya entre el arca y vuestros cuerpos una distancia de dos mil codos y ni se os pase por las mientes tocarla, porque pereceréis».

Todo el mundo se miró asombrado. ¿Qué extraña misión era aquella que requería la movilización de todo un pueblo y también la de su más preciado tesoro? Nada explicó Josué al respecto, solo se limitó a añadir:

—Santificaos, porque Yahvé obrará grandes prodigios entre nosotros.

Sucedió entonces que, no bien los pies de los sacerdotes que portaban el arca tocaron las aguas del Jordán, estas se abrieron para dejar paso al pueblo de Israel, igual que había ocurrido con el mar Rojo en tiempos de nuestro padre Moisés, y así se mantuvieron hasta que el último de los nuestros salvó la orilla. Cuarenta mil éramos en total, que Yahvé sea por siempre alabado. Tal como habíamos podido

constatar mi hermano Daniel y yo en nuestra visita, las murallas de Jericó gastaban justa fama de ser inexpugnables. Altas y amenazantes, parecían convertir en imposible cualquier intento de asedio. Al ver que así era, Yahvé dijo a Josué:

—Todos vosotros, que os contáis por millares, cuando yo lo ordene, habréis de acercaros a la ciudad y, una vez ante sus murallas, comenzareis a dar vueltas y más vueltas a su alrededor sin hacer nada, en perfecto silencio. Durante seis días y sus noches lo haréis. Delante de vosotros irán siete sacerdotes con siete trompetas, pero sin que sus instrumentos emitan sonido alguno, y, por fin, cerrando el cortejo, irá el arca en la que se guardan las tablas de la ley que di a Moisés en el desierto. Tras circunvalar Jericó de este modo durante seis días, al llegar el séptimo y solo cuando suene el cuerno de carnero y oigáis las trompetas de los sacerdotes que os preceden, todos a uno los cuarenta mil hijos de Israel, hombres, mujeres, niños y ancianos, uniréis vuestras voces en un único y atronador grito de guerra. Entonces podréis ver cómo, a su simple sonido, los muros de la ciudad se derrumban y caen a vuestros pies.

Obedecimos, y durante seis largos días nuestro pueblo procesionó en sepulcral silencio alrededor de Jericó. Durante este tiempo y desde donde me encontraba, en la tercera fila, alcanzaba a ver la cara de no pocos moradores de la ciudad que, sorprendidísimos por cerco tan inusual, se apostaban en lo alto de la muralla a observar el espectáculo. En ocasiones, cuando el viento soplaba a favor, incluso lograba oír retazos de sus comentarios: «Pero, bueno —decían—, ¿es este el poderoso pueblo de Israel? ¿Se puede saber qué diantres hacen desarmados, en silencio y dando vueltas y más vueltas? ¿Y qué será ese cachivache extraño y ridículo que pasean sus sacerdotes como santa cosa? ¡Anda! A lo mejor se piensan que van a atemorizarnos con sus pampinas; tiene gracia...».

Al día sexto me pareció reconocer la voz de tío Aloshiam. «¡Mirad! —decía entre risotadas—. No os lo perdáis, he aquí al pueblo elegido, girando en torno nuestro como burro a una noria. Claro que no me sorprende en absoluto. Deberíais haber visto a los espías que mandaron de avanzadilla días atrás. En casa los tuve alojados antes de que huyeran como conejos, menudo par, un borracho y un giboso medio imbécil».

Al ver cómo, un día más, el séptimo ya, los sacerdotes iniciaban su recorrido en torno a la muralla con el resto de nosotros mudos y obedientes a la zaga, que Yahvé me perdone, pero también yo empecé a estar de acuerdo con los moradores de Jericó, e incluso con el tío de Rahab. ¿A qué obedecía aquella extravagante bobada que duraba ya casi una semana? Ciertamente se suponía que los cuarenta mil hijos de Israel debíamos, a una orden de Josué, unir nuestras voces en un estruendoso grito. Pero ¿dónde se ha visto que el alarido de un pueblo, por muy elegido que sea, tumbe una muralla?

Y, sin embargo, así aconteció. Desde ese día y por los siglos venideros, todos se han hecho lenguas de lo que yo viví. Durante la noche, Josué nos había ordenado disimular nuestra presencia entre las ramas de una arboleda cercana. Los moradores de Jericó, que llevaban tantos días viéndonos circunvalar sus muros, al observar cómo se aproximaban una vez más los sacerdotes con sus trompas, sus preces y con el arca de la alianza a cuestras, redoblaron su chanzas y cuchufletas.

—¡Preparaos, aquí vienen de nuevo esos terribles guerreros! Capaces son de creer que, como hoy está nublado y chispea, su música desafinada hará que caiga sobre la ciudad una tormenta o un rayo justiciero. ¡Eh, vosotros, so palurdos! ¿De qué va hoy la chanza? ¿Esperando a que vuestro Yahvé haga que se abran los cielos? A la vista está que no caen ni dos gotas...

En ese momento, Josué dio la orden y el pueblo entero, hombres, mujeres y niños, nos precipitamos ladera abajo en dirección a las murallas todo lo aprisa que nuestras piernas acertaban a llevarnos. Sin pertrechos, a pecho descubierto y armados solo con nuestra fe, rodeamos la ciudad y luego, a una segunda orden de Josué, un gran grito escapó al unísono de nuestras gargantas. Tan potente y esentóreo que consiguió helarme la sangre al tiempo que, para mi estupor, pude ver cómo las murallas comenzaban a crujir y a tambalearse. Fue tal la sorpresa de los de Jericó que ni tiempo les dio a echar mano de sus armas. Atónitos, inermes, inertes, atinaban tan solo a mirar el espectáculo sin dar crédito a sus ojos. El pasmo pareció apoderarse también de no pocos de los nuestros. Daniel, mi hermano, se cubrió con su manto la cabeza y gritaba diciendo:

—¡Es Él, Yahvé, huyamos, Elí! No tardará en bajar de los cielos para castigar a los que le hemos faltado. ¡Triste suerte la mía! ¿Dónde esconderme?

Una polvareda espesa atenazaba nuestras gargantas impidiéndonos respirar, no se veía ni a un palmo, y a mi alrededor muchos de los nuestros cayeron de rodillas pensando que llegaba el fin de los tiempos. Unos oraban, otros huían, no pocos buscaban escondrijo mientras que llorar, llorábamos todos: unos de emoción; otros, simplemente, de inconmensurable sorpresa. No fue hasta que los rayos del sol lograron abrirse paso entre la polvareda que alcanzamos a ver la escena que teníamos delante. Del gran muro por el que, apenas unos días antes y con la ayuda de Rahab, nos habíamos descolgado Daniel y yo, no quedaba piedra sobre piedra, solo unos montículos de arenisca que se desmoronaron en cuanto nuestros guerreros comenzaron a tomar la ciudad. Los de Jericó no opusieron resistencia. Consternados, estupefactos, cegados por la gloria de Yahvé, se limitaban a mirarnos suplicando clemencia. Cuentan las crónicas que los nuestros se entregaron al pi-

llaje y a pasar a cuchillo a toda alma viviente, incluidos niños y ancianos, sin olvidar tampoco los animales domésticos, cabras, ovejas, gatos y perros que encontraron a su paso. No puedo desdecir esa afirmación, tal era el modo de proceder de entonces. En lo que a mí respecta, mi mayor preocupación en medio de tanto dolor y muerte era orientarme en aquel caos, correr sin tardanza hacia donde se alzaba la casa de Rahab, sacarla de allí, evitar que también ella cayese víctima de la locura colectiva que se había apoderado de los nuestros.

—Pero ¿adónde vas? —intentó detenerme Daniel—. ¡Vuelve! No se te ocurrirá ir a por tu palomita, ¿verdad? ¿No ves que la ira de Yahvé ha caído sobre todos los moradores de Jericó?

Pero yo sabía que no era así, no podía serlo. Tal como le había especificado a Josué cuando regresamos tras nuestras labores de espionaje, mi pacto con Rahab era que nadie dañaría a su familia. Así se lo había ordenado él a sus guerreros: una única casa debía escapar a sus iras, aquella en cuya más alta ventana vieran atada una cinta roja. Esa era la consigna. Pero ¿cómo esperar que la respetaran cuando Jericó era una orgía de polvo, confusión y sangre? En medio de tal pandemonio equivoqué mi camino. Ni siquiera sabía en qué parte de la ciudad me encontraba cuando una muchacha que huía abrazada a sus escasas pertenencias tropezó y cayó delante de mí. En su cara ensangrentada reconocí entonces los despavoridos ojos de una de las palomitas.

—¿Y Rahab? —la apremié—. ¿La has visto? ¿En qué dirección queda vuestra casa? ¿Qué ha sido de ella?

Por toda respuesta giró los ojos hacia el norte, y sí, allí, apenas a unos cientos de codos a mi derecha, como una aparición, como un fantasma, como la blanca vela de un único esquife en medio de tal colosal tormenta, incólume se alzaba la casa testigo de nuestros amores con aquella

cinta roja que la señalaba como intocable, que Yahvé sea por siempre alabado.

* * *

Más de doce lustros han pasado desde aquel día. Pronto cumpliré los mismos años que tenía nuestro padre Moisés cuando Dios le permitió ver a lo lejos la tierra prometida. Pero, a diferencia de él, me cupo la fortuna de pertenecer a la primera generación que se instaló en ella. No puedo decir que las uvas que aquí crecen sean tan gruesas y descomunales que se precisan dos hombres para cargar un único racimo, como afirmaron los primeros espías que visitaron Canaán años antes que mi hermano Daniel y yo. Tampoco que de esta tierra mane leche y miel. Más bien ocurre todo lo contrario. Es agreste, inhóspita y dura, pero no la cambiaría por ninguna otra, porque es la mía. Mía y de los hijos de Israel, que —tal como Yahvé prometió a Abraham— crecen y se multiplican como las estrellas del cielo o las arenas del desierto. A que tal profecía se cumpla hemos contribuido, y no poco, Rahab y yo. Con diez hijas y seis varones nos bendijo el cielo, y ellos a su vez nos han alegrado la vejez con cuarenta nietos y otros tantos biznietos, hermosos y saludables todos. Y, por si alguno de los que ahora me leen se hace cábalas, la respuesta al interrogante que imagino en sus labios es: no, ninguno de ellos ha heredado ni mi giba ni la pierna tullida de mi amada. Tampoco —y dicho sea con similar alivio— las hechuras de indolente querubín de Daniel, mi hermano, y menos aún su gusto por empinar el codo. Por eso, cuando a veces la espalda duele más de la cuenta, y también cuando mi dulce Rahab reniega de su cojera, cavilo y me digo que todo tiene su razón de ser y que la historia que acabo de contarles ni siquiera habría tenido lugar de no ser por nuestras respectivas taras. Al fin y al cabo, ellas fueron las

que nos unieron e hicieron posible lo que les acabo de narrar. No sé ustedes que me leen, pero yo, cada vez que veo el pie contrahecho de mi amada o mi espalda gibosa, me da por pensar que Yahvé, además de todos los atributos sublimes que suelen asociarse a Su persona, es dueño también de un raro sentido del humor. Sí, eso es. Tengo para mí que, desde la noche de los tiempos y supongo que hasta el final de ellos, a Aquel cuyo nombre no debe pronunciarse jamás le entretiene mucho jugar con nosotros, simples mortales, y caminar recto por caminos torcidos.

RAHAB EN NUESTROS DÍAS

Esos mismos caminos torcidos son, precisamente, los responsables de que, tres mil cuatrocientos años más tarde, los servicios secretos actuales recurran aún a la historia de Rahab como fuente de aprendizaje. En 1978, por ejemplo, la CIA en su *Classified In-house Journal* utilizó como caso de estudio para sus agentes el fiasco de la primera avanzadilla enviada por Moisés comparándola con el éxito posterior de los dos espías que actuaron en Jericó. El Mossad, por su parte, hasta hace unos años tenía como lema esta cita extraída de la *Biblia*: «Por medio del engaño conduciréis la guerra». Ahora ha optado por otro más políticamente correcto, pero tomado también del *Antiguo Testamento*: «Aquel que cuida de Israel ni duerme ni se aletarga». Pero, además, en sus charlas con nuevos reclutas, Efraim Halevy, mítico jefe del Mossad, tenía por costumbre poner a los novatos como ejemplo de conducta a seguir la forma de proceder de Rahab, considerada hasta hoy como la madre y maestra del espionaje israelí. Cuentan que, en una ocasión, uno de los espías en ciernes comentó que Rahab, tan alabada ahora, no fue más que una prostituta. A esto Halevy respondió al neófito que le convenía enterarse cuanto an-

tes de que el *sexpionaje* es parte importante de este oficio y la cama, uno de los lugares más útiles y productivos para un espía. «... Así que ya ves, muchacho —concluyó Halevy con aire pedagógico—, si no estás dispuesto a desarrollar parte de tu actividad profesional entre sábanas, más vale que te dediques a plantar tomates en un kibutz».